

EL 9 DE ABRIL EN LA ESCUELA MILITAR

Alfredo Naranjo Villegas



No es suficiente el tiempo transcurrido para serenar el juicio de quienes, sino actores, fuimos al menos espectadores de una época tan cargada de pasión como la que vivimos en los años que precedieron al estallido del 48. Y quien trate de ser objetivo en el análisis, no va a poder sustraerse a la contradicción. Pero es obligación del historiador actuar como juez inmune a toda influencia perturbadora de su recto criterio.

Las generaciones actuales no han conocido las consecuencias de dos transiciones políticas: la del 30 y la del 46, de las cuales se sabían por sus abuelos o tal vez por sus padres (no por enseñanza en planteles educativos de donde la historia también fue eliminada). No sabrán, digo, que Colombia fue una República que vivió momentos de orgulloso republicanismo. Ni de la transmisión pacífica del mando de un partido al otro, con dos nombres símbolo de esas páginas de honor: Miguel Abadía Méndez para el año 1930 y Alberto Lleras Camargo para el 46. Esas generaciones ignoran quizá, cuando no lo saben erróneamente por "lecciones" sagradas, que a esas transiciones pacíficas siguieron años de dolor: El partido triunfante, por división del contrario, no vaciló en acudir a la violencia,

sin piedad por la patria, para afirmar su predominio. Y el perdedor, olvidado de la división que le costó el mando, recurrió también a esos mismos medios, para recuperar el poder.

Ninguno de los partidos pudo mostrar sus manos limpias de sangre, cuando desgarraron las entrañas de la patria en una feroz disputa por el gobierno. Que esto es así lo demuestra la conformación del Frente Nacional en el año 57, que no fue más que un transitorio acto de contrición de los principales actores del drama.

Pero el contraste entre lo que fuimos y lo que somos no deja de ser brutalmente deshonoroso. Digámoslo a pulmón pleno con orgullo nacionalista: los sobrevivientes de aquellos años de violencia recordamos que tuvimos jefes de la talla de Enrique Olaya Herrera y de Laureano Gómez, de Alfonso López Pumarejo y de Mariano Ospina Pérez, de Eduardo Santos y de Aquilino Villegas, de Darío Echandía y de Eliseo Arango, de Esteban Jaramillo y de Carlos Lleras Restrepo, de Luis López de Mesa y de Emilio Robledo, de Carlos Lozano y Lozano y de Silvio Villegas, de Gabriel Turbay y de Manuel Serrano Blanco...

Si jefes de Estado, no arrastraron, por el contrario, honraron el nombre de Colombia ante el mundo, y el pasaporte colombiano no fue signo de vergüenza. Si contrincantes en la conformación partidista, los caracterizó la dignidad del lenguaje, y el repudio del latrocinio como premio a sus luchas. Fue exacta la frase radiográfica con que uno de los más puros representantes de aquella constelación de próceres plasmó a uno de los políticos que deshonoró la lucha: "En política se puede meter la pata pero no las manos". Sobra decir que el aludido, como todos los cínicos, se hizo el desentendido...

Y sin embargo, a muchos de aquellos jefes que forjaron años de grandeza para Colombia, los cegó el sectarismo y fueron artífices del cataclismo que finalmente nos sepultó. Se acudió a métodos extremos de violencia verbal. Quienes sembraron el odio en sus arengas parlamentarias se olvidaban de que en las lejanas veredas el discurso se traducía en balazos y puñaladas entre humildes campesinos de bandos contrarios.

No midieron otros el alcance de consignas de atentado personal y de hacer invivible la República pensando que Colombia era sólo Bogotá, donde, allá sí, la autoridad se hacía sentir. Pero la pólvora se acumulaba y un día estallaría. Todas aquellas consignas las iban a recoger otros que no sentirían freno de Decálogo. Recuerdo que era reiterativo el dicho de que "aquí no pasa nada": lo volvió cenizas, desmintiéndolo, el incendio del 9 de abril.

Todo fue preparado con meticulosidad inconsciente. La Iglesia que pudo ser órgano de conciliación, estaba dividida desde que se la llevó a los límites del cisma. En aquellas horas de sombrías perspectivas, solamente el ejército, aún no politizado, impedía la anarquía. El mismo ejército que en julio del 44 encerró en Nariño a las unidades subversivas, fue el que salvó a Colombia cuatro años después, en las jornadas abrilanas.

Fue un infortunio, digámoslo con franqueza, que una mente de la lucidez de López Pumarejo, se hubiera dejado llevar de su orgullo clasista y de un chovinismo cruelmente injustificado en aquel momento, para dar un consejo dictado por el rencor, que sólo sirvió para acrecentar la confusión.

Paradójicamente la mejor garantía para la paz era Jorge Eliécer Gaitán. Sus gritos de "por la restauración moral de la República, a la carga", sus denuestos contra la oligarquía, parecían guardarse por las multitudes en el acumulador. Lo cierto es que Gaitán impedía todo desbordamiento. Su vida era la mejor valla contra los desmanes.

¡Y llegó el día de la ira ! ¡ Los disparos de Juan Roa Sierra rompieron el dique! El huracán de la venganza arrasó la capital de Colombia, fuente de las incitaciones irresponsables. Como bumerán implacable se devolvió contra los que lanzaron las consignas de hacer invivible el país y se tradujeron en violencia física los agravios verbales de otrora a la jerarquía: ardieron la Nunciatura y el Palacio Arzobispal. Nadie se ha atrevido a medir hasta dónde las palabras de perdón y de conciliación del solitario Arzobispo Primado obraron como bálsamo cicatrizante en aquellas horas de pavor.

Cuando hacia las 2 de la tarde el oficial de Sanidad de la Escuela Militar se presentó al comando, pudo percatarse de la orden del día, "Acuartelamiento de primer grado. La primera Compañía estará en el Ministerio de Guerra a las 3 de la tarde. La segunda Compañía defenderá la Escuela Militar. La tercera queda de reserva. Cartucho de guerra". Así, escuetamente, en el más severo estilo castrense, se compendia el deber que la hora demandaba. Al leerla, la contrastaba mentalmente con la insulsa palabrería de quienes nada saben decir en el minuto decisivo.

Tomadas las medidas indicadas para habilitar la enfermería, el médico debió presentarse al estado mayor para informarse de la conducta que se habría de seguir. Al frente de la Escuela pasaba la línea del Ferrocarril del norte. La primera escuadra ocuparía ese punto. Y, así sucesivamente, escuadra tras escuadra ocuparían cada bocacalle. Parecía que aquello era de una lentitud desesperante. Pero al civil que así se sorprendía, lo sacó de su sorpresa el hecho de que tres horas después, hacia las 6 de la tarde, la Escuela Militar controlaba 40 manzanas del entorno.

Ya en el casino de oficiales seguíamos por la radio el curso de los acontecimientos. Los arengas revolucionarias iban cargadas de afirmaciones que, creyéndonlas veraces, nos erizaban de miedo a los contados civiles que allí estábamos: "En estos momentos, gritaba alguien, cuelga de uno de los postes del alumbrado la cabeza de Guillermo León Valencia... Avanzan los tanques del ejército por la carrera séptima, pero el ejército se ha sumado a la revolución: desde los tanques los soldados saludan al pueblo..." ¡Mentiras! Gritó uno de los oficiales que escuchaba con nosotros. ¡Paja, pura paja!

Lo cierto en aquella feroz vocinglería fue la rebelión de la policía, que repartió armas en su Cuartel General de la V Estación. La única que fue paralizada era la que estaba frente al Palacio Presidencial ante el fuego de las tropas leales. Hubo un momento en que la tensión alcanzó límites de incontenible ansiedad. Fue cuando alguien gritó por la radio: "petroleros de Barranca: paren, pase lo que pase: ¡Armarse! Asalten ferreterías, asalten almacenes... De lo hondo del pánico nos

sacó la exclamación jubilosa de otro de los oficiales. ¡Nos salvamos!. ¿Por qué?, Interrogamos... "Se van a dedicar a robar y a emborracharse. Nos van a dar tiempo de reaccionar..."

Pero las consignas arreciaban, se exageraban los progresos de la revuelta. Hubo un minuto en que el oficial de Sanidad creyó que todo estaba perdido: y preguntó al segundo comandante de la Escuela, Teniente Coronel Francisco Rojas Scarpetta, y qué pasa si la revolución se toma el palacio?. Sin un segundo de vacilación respondió: ¡Lanzaremos la Escuela Militar sobre el Palacio de la Carrera!.

Casi toda la noche estuvimos en vela. Lo suficiente para reflexionar sobre lo que hasta este día habíamos vivido en el acontecer de los años, y que fragmentariamente hemos apuntado en la primera parte. El hecho capital es que en la noche del 9 al 10 de abril, tuvimos la sensación física de que la Historia Patria giraba alrededor de un eje en cuyos extremos estaban dos grandes repúblicas. Mariano Ospina Pérez y Darío Echandía.

A las 7 de la mañana del 10 de abril llegó del Ministerio de Guerra la primera Compañía, que se había batido toda la noche. La comandaba el entonces Teniente Néstor Alonso, en cuyo rostro barbado se dibujaban la fatiga y la tensión... "Si el ejército no domina esto hoy, la revolución triunfa".

Cuando tres días después pudo el Oficial de Sanidad, gracias a una comisión que debió adelantar en el Ministerio de Guerra, asomarse al centro de Bogotá, contempló lo que nunca antes había experimentado: la realidad superó a la imaginación! El centro de la Capital estaba reducido a cenizas. Y quienes vivimos para presenciar aquel horror, tuvimos la misma experiencia de los que han vivido horas de anarquía en otras ciudades del mundo: Al ejército se le aclamaba mientras las multitudes enfurecidas eran dueñas de la calle. Pero días después, muy pocos por cierto, se había recobrado la calma, y el ejército aclamado como salvador, era ahora cubierto de oprobio.

Han pasado cincuenta años. Y a pesar de que tuvimos mandatarios íntegros, de probidad incuestionable, de energía indomable, con don de mando, jefes de Estado, y no de bandería, en el sentido literal de las palabras, hemos retrocedido a épocas desconocidas. ¿Qué día hay en que pueda abrirse el periódico sin encontrarse con el dato del robo de miles de millones a entidades oficiales?. Lo que realmente conturba el ánimo es el derramamiento de tanta sangre de colombianos vertida en vano. La patria siguió transitando caminos de dolor innarrable.

Nuestros desamparados campesinos, la eterna víctima de la irresponsabilidad de los políticos, sufrieron aún más el exacerbamiento demencial de las pasiones. Los políticos cultivan sólo al trabajador ciudadano, agrupado en Sindicato. Los pobres jornaleros del campo sólo reciben promesas del cacique de turno. Pero en efectivo, lo único que se les da es plomo en abundancia. Sigue en manos de latifundistas sin piedad que disfrutan de adecuada representación en los cuerpos legislativos. Las leyes que favorecen al trabajador no son para el labriego, transformado en rey de burlas por los electoreros que sólo se acuerdan de ellos en las proximidades de un debate electoral.

Sobrevino la dictadura militar que llevó un poco de paz al campesino, a la sombra de la amnistía para los alzados en armas. Y se formó el Frente Civil, transformado en Frente Nacional, contra la dictadura, en un acto de contrición no muy sincero, pero que al fin y al cabo fue un taponamiento temporal al desangre.

Carlos Lleras Restrepo, que hizo el mejor gobierno que tuvo Colombia bajo la vigencia del Frente Nacional, cometió un grave error cuando propició la creación de los auxilios parlamentarios, con la más noble de las intenciones: favorecer a las provincias. Creía que iban a caer en manos honestas. Ya todos sabemos qué metamorfosis han sufrido esos auxilios y cuántos millonarios aparecen sin más trabajo que la adulación.

Hacia los años 80 irrumpió un nuevo jinete al Apocalipsis: el narcotráfico. Todo lo corrompió, envenenó la juventud, armó a los

sicarios, inoculó en las mentes el afán de enriquecimiento rápido sin reatos de conciencia. Acogido por igual en altas clases sociales, sobre todo en aquellas regiones en que los límites geográficos son marcados como blanqueador fue también palanca de arribistas que de la noche a la mañana, dueños de fortunas inmensas, gozaron de respeto social. Y como les interesaba a los narcotraficantes hacerse también a la amistad de los políticos para mejorar la felicidad en sus "transacciones" les fue sencillísimo contar con la complicidad de los que habían llegado a los cuerpos colegiados por caminos tortuosos. Cambió el método de conseguir votos arrebatando cédulas en las veredas, asesinando para ahuyentar, desvalorizando tierras con el terror que obligaba a su abandono por parte de los propietarios. Ahora el dinero que de tan fácil consecución es para la mafia comprando al pobre indígena su materia prima a precios írritos, el dinero corría a raudales en la compra de conciencias. Tan fructífera fue la cosecha que hasta una porción de artículos insertaron a eso que la vanidad de algunos llamó Constitución.

Claro que hubo valientes que trataron de impedir la corrupción de la justicia. Para honor de Antioquia el martirologio de jueces y magistrados, oficiales y agentes de policía y miembros de los cuerpos de seguridad, se inició en las calles de Medellín. Hubo Ministros de Justicia inmolados en el cumplimiento de su deber: Lara Bonilla, Low Murtra. Otro, Parejo González, escapó milagrosamente tras ser gravemente herido en atentado sufrido en un lejano país europeo. Carlos Mauro Hoyos, Procurador por autonomasia, pagó también con su vida sus admoniciones ante lo que se veía venir. Y Luis Carlos Galán, nobilísimo ejemplar de pulcritud, cayó asesinado por el delito de su integridad moral. Hubo periodistas inmunes al soborno y al terror: Guillermo Cano fue sacrificado ante los muros de su propio diario, EL ESPECTADOR, que poco después había de ser destruido físicamente ante la imposibilidad de someterlo. En fin que el martirologio salva a Colombia del deshonor con que la marcaron los seducidos por la mafia.

La corrupción llegó a límites insospechados. Han desaparecido los partidos pero no los vividores de la política. Ya no hay disciplina, y los directorios son remedos de autoridad. Sólo hay solidaridad partidaria para reclamar generosas partidas presupuestales con qué satisfacer

sus ambiciones personales. Y cuando ha habido simulacros de castigo por corrupción comprobada, la "democracia" ha encontrado otro camino de resarcimiento: es un título de honor el parentesco cercano con el delincuente sancionado, para exhibirlo como derecho a aspirar a los más elevados puestos de representación.....Comienzan por el Senado. Cuentan con los dineros públicos a su disposición. En mis tiempos la carrera política se iniciaba en el Concejo, luego en la Asamblea, en seguida a la Cámara y por último al Senado.

La corrupción alcanzó también a la guerrilla, ese supérstite del 9 de abril que había surgido como alternativa frente a la indiferencia de los partidos tradicionales por realizar una verdadera transformación social: La guerrilla convirtió a sus guerrilleros en celadores de los cultivos de la droga maldita.

Con angustia preguntamos: ¿habrá posibilidad todavía de reacción? ¿Habremos llegado al último grado de saturación de desvergüenza? ¿Es posible que el deshonor nos haya cobijado a todos con su manto?. Puede alguien mostrar antecedentes de limpieza, de intransigencia con la corrupción, con autoridad moral para reiniciar lo que Gaitán llamó la restauración moral de la República?. Son los interrogantes que nos hacemos ante el próximo debate electoral.

Estos son nuestros servicios ¡utilícelos!

Servicio de correo ordinario - Servicio de correo certificado - Servicio de certificado especial - Servicio - Encomiendas aseguradas - Encomiendas contra reembolso - Servicio Cartas aseguradas - Servicio electrónico burofax - Servicio Internacional APR/SAL - Servicio CORRA - Servicio respuesta comercial - Servicio tarifa postal reducida - Servicios especiales - Servicio de filatelia.

Teléfonos para quejas y reclamos 334 03 04 - 341 55 36 Bogotá

***Cuente con nosotros
Hay que creer en los Correos de Colombia***



Adpostal